

A E
& I

República de La Papaya

Autores Españoles e Iberoamericanos

Gustavo Rodríguez



República de La Papaya

 Planeta

*Es rara la locura en individuos.
Pero en grupos, partidos, naciones y épocas, es la regla.*

NIETZSCHE

34 30 26

Pudo haber hecho lo que le enseñan a los niños en la escuela, multiplicar la hilera horizontal por la columna vertical, pero prefirió el camino largo. Como en un juego de rayuela, sus ojos saltaron de azulejo en azulejo y se llenaron del celeste que cubría su cuarto de baño.

Setecientos cincuenta y seis, contó.

Paula se preguntó si sería verdad lo que un psicólogo le había dicho tiempo atrás, que el estreñimiento era un síntoma de su imposibilidad para expresar sus emociones. Casi cuatro de cada cinco mañanas pasaba por el mismo trance. Lo usual durante ese tiempo muerto era que meditara sobre los retos de su trabajo, que ordenara su día, que repasara las noticias en su *tablet*. Pero esta mañana solo quería ocupar su cabeza en tonterías como contar las mayólicas, leer etiquetas de champú o distraerse en cualquier otro artilugio que quitara a Loreto de sus pensamientos.

Fue inútil, sin embargo. La cantidad de cuadraditos era superior, por poco, al número de días que habían vivido juntas. La pared, entonces, se transformó en el calendario de su relación. El primer azulejo le recordó el aula en la universidad donde solía dictar

Fundamentos del Manejo de Medios en la maestría en Administración. Paula había llegado tarde a su primer día y sus alumnos ya la esperaban, aunque sin impaciencia. Irrumpió con las zancadas más largas que le permitían sus piernas gordas, colgó su abrigo en el perchero y se excusó.

—Intenté una nueva ruta en el tráfico, pero me fue peor —balbuceó, mientras trataba de sonreír—. Les pido mil disculpas.

En la primera fila, una chica delgada y menuda, de pelo ensortijado, le respondió con ojos risueños.

—Tranquila..., al menos intentaste algo nuevo.

Aquella vez, frente a ese pupitre, Paula no adivinó que había encontrado a quien sería la protagonista de sus futuros delirios. Al principio fueron miradas de complicidad ante una opinión inteligente de Loreto en clase. Luego, tomar un café en el comedor universitario. El comentario al vuelo de una película, y la posibilidad de ver juntas una siguiente. Escalones que se encadenaron cuesta arriba, cuesta abajo, hasta hoy.

Paula decidió que ya había sido suficiente.

Se preguntó si el dolor podía ser un combustible del proceso creativo. ¿No se le habían ocurrido las mejores ideas cuando más presentía el borde del abismo? ¿No se había levantado hoy, acaso, con el germen de una salida? Se había dado cuenta de que la Navidad y el Año Nuevo no estaban muy lejos y que eran los peores días para extrañar a alguien. Pero debido a una afortunada apertura mental, también calculó que podían ser las fechas ideales para lanzar al país el primer mensaje de

Esperanza Camborda como candidata presidencial. Un mensaje a las familias. “Un mensaje de Esperanza”.

Se abrochó la falda con algo de esfuerzo y le provocó maquillarse suavemente. En el espejo apareció su rostro pálido y abultado, su papada insolente y ese maldito lunar de carne que no se podía extirpar. Pero, por primera vez en semanas, sus labios no lucían apretados. Era la distensión que promete una sonrisa futura.

En la cocina, Amandita Huarón ya la esperaba con el desayuno servido. Pero Paula lo desestimó con una mueca.

—Me voy, ya comeré algo en la oficina.

A Amandita se le ocurrió decirle que esperara un poco, que al menos se tomara un juguito, ya se sabe lo buena que es la papaya para el estómago.

Pero lo pensó bien porque, en casa de Paula, esa fruta era innombrable.